

LA PAZ OS DEJO. MI PAZ OS DOY

(Jn. 14, 27).

Cuando dos árabes se encuentran en el camino, su saludo ordinario es: «La paz sea contigo». Si se trata de amigos que de tiempo atrás no se han visto y por esto el saludo es más efusivo, se besarán mutuamente y varias veces en las mejillas, repitiendo el mismo saludo: «La paz sea contigo». La S. Escritura nos testimonia que semejante saludo era muy antiguo en la tierra de Palestina. También los personajes de la historia bíblica, cuando se encuentran o se despiden, se desean la paz. El mayordomo de José saluda a los hermanos de éste diciéndoles: «La paz sea con vosotros» (Gen. 43, 23). Jetró despide a Moisés, que parte para Egipto, con un: «Vete en paz» (Ex. 4, 18). El sacerdote que había consultado a Yavé sobre la expedición de los danitas, dice a éstos: «Id en paz, Yavé os guíe en vuestro camino» (Jud. 18, 6). El buen anciano de Gueba saluda al joven levita invitándole a aceptar su hospitalidad: «Contigo sea la paz; de cuanto necesites yo te proveeré» (Jud. 19, 20). David, preocupado por la muerte de su hijo rebelde, pregunta: «¿Está en paz el joven Absalón?» (II Sam. 18, 29, 32). Los ángeles de Dios imitan el mismo estilo y uno dice a Gedeón: «La paz sea contigo: no temas, que no morirás» (Jud. 6, 23). La paz se contrapone a la guerra y como ésta es causa de tantas calamidades, la paz lo será de otros tantos bienes. De aquí, que la paz sea la tranquilidad, la seguridad de los enemigos, el bienestar, la prosperidad. Sobre estas nociones se apoya la investigación escrituraria sobre la paz.

La paz en la Ley

Nadie ignora como Dios hizo con Israel una alianza en el monte Sinaí. Las condiciones eran éstas: que Israel tendría a Yavé por su Dios y observaría la Ley que acababa de darles, mientras que Yavé introduciría a Israel en la tierra de Canaán, prometida a los

El presente artículo debió haber salido en el número precedente consagrado al Congreso Eucarístico de Barcelona, pero que por causas extrañas a la voluntad del autor y a la nuestra no pudo salir.

patriarcas y los colmaría de bendiciones. He aquí como se explica: «Si cumplís mis leyes... yo mandaré las lluvias a su tiempo, la tierra dará sus frutos y los árboles de los campos los suyos; la trilla se prolongará entre vosotros hasta la vendimia y la vendimia hasta la sementera. Daré la paz a la tierra, nadie turbará vuestro sueño y dormiréis sin que nadie os espante. Haré desaparecer de vuestra tierra los animales dañinos y no pasará por vuestro país la espada... Yo volveré a vosotros mi rostro, y os haré fecundos, y os multiplicaré y mantendré mi alianza con vosotros... Estableceré mi morada entre vosotros y no os abominaré, mi alma. Marcharé en medio de vosotros, y seré vuestro Dios y vosotros seréis mi pueblo» (Lev. 26, 1-13; cfr. Deut. 28, 1-14). Aquí tenemos la paz que Yavé promete a su pueblo, si éste se atiene fielmente a la Ley de Dios, que abarca las condiciones del pacto sináítico. Lo contrario le ocurrirá si, olvidado del pacto, colculcase los mandamientos de su Dios. (Lev. 26, 14-39; cfr. Deut. 28, 15-68). Cuando, conquistada la tierra, les dió Josué la posesión de ella, nos dice el texto sagrado que Israel descansó en paz (Jos. 21, 42; 22, 4). Mucho mejor cuando David logró someter los últimos restos de los cananeos y darle seguridad sobre los pueblos vecinos. Entonces «Judá e Israel habitaban en paz, cada una a la sombra de su parra y de su higuera» (I Reg. 4, 25). Tal era la paz exterior con la abundancia de los frutos, que Dios otorgaba a Israel, en premio de la observancia del pacto. Era esta la gracia que pedía el sacerdote cuando bendecía al pueblo después de la oblación del incienso. «Que Yavé vuelva a tí su rostro, y te dé la paz. (Núm. 6, 26). Todo esto se promete a la masa del *pueblo*, en el cual no puede faltar la cizaña junto al trigo, los infieles al lado de los fieles, los pecadores al lado de los justos, y Dios se muestra aquí el Dios bueno, que hace salir el Sol sobre los buenos y los malos y envía la lluvia a los justos y a los pecadores (Mt, 5, 45). Pero los profetas y los sapienciales prometen a los justos la paz de Dios, mientras que la niegan a los impíos. Así dice Isaías: «Si atendieras mis leyes, tu paz será como un río, y tu justicia como las olas del mar» (48, 18). Y Baruc: «Si hubieras caminado por la senda de Dios, habitarás en perpetua paz» (3, 13 s.). Elifat, uno de los amigos de Job, exhorta a éste a convertirse a Dios asegurándole que «probará la paz de su tienda y nada echará de menos en sus apriscos» (5, 24). Y el mismo, más adelante insiste en la misma idea:

«Reconcílate con El y tendrás paz, y de ello te vendrá bien» (22, 21). Y el salmista pone en labios del justo, que vive confiado en el Señor, esta sentencia: «En paz me duermo, luego en cuanto me acuesto, porque tú, oh Yavé, a mí, desolado, me das seguridad» (4, 6). Y en otro salmo dice de los mansos, que «poseerán la tierra y gozarán de grande paz» (37, 11). Esta paz es inseparable de la justicia, pues, como dice otro salmo: «Se han encontrado la benevolencia y la fidelidad; se han dado el abrazo la justicia y la paz» (85, 11). Por eso «gozan de mucha paz los que aman la ley de Yavé» (119, 165); y según el Eclesiástico «el temor de Dios es la corona de la sabiduría y hace florecer la paz y la salud» (1, 22).

Todo lo contrario se dice de los que no temen a Dios ni guardan su ley: «Nadie, se lee en el Deuteronomio, al oír las palabras de este juramento, se bendiga en su corazón diciendo: «Tendré paz, aunque persista en el propósito (malvado) de mi corazón» (29, 18). E Isaías insiste en la misma sentencia, diciendo: «No hay paz para los malvados, dice Yavé» (48, 22). Y más adelante repite lo mismo: «No hay paz para los impíos, dice Yavé» (57, 21). Porque «no conocen los caminos de la paz, no hay en sus sendas justicia; sus veredas son tortuosas, y quien por ellas va, no conoce la paz» (59, 8). El salmista nos muestra la ausencia de la paz en el corazón del malvado, aunque las apariencias contrarias sean una tentación para el justo. Este ora a Dios diciendo, «no me arrebatas junto con los malvados, con los obradores de iniquidad, que hablan de paz a su prójimo, mientras está su corazón lleno de maldad» (28, 3). Otro nos declara como lograba disipar la tentación: «Oh cuán bueno es Yavé para los buenos... Se deslizaban mis pies, casi me había extraviado, porque miré con envidia a los impíos, viendo la paz de los malos... Hasta que penetré en el secreto de Dios y puse atención a las postrimerías de esos. Ciertamente tu los pones en el resbaladero y los precipitas en la ruina» (73, 1-18). Y porque los impíos no tienen paz en sí mismo, no saben tenerla con el prójimo, y así dice el salmista: «Yo soy todo paz, pero así que les hablo, ya está la guerra» (120, 7).

Esta paz de los justos se prolonga hasta más allá del sepulcro y así se dice de Abraham que irá a reunirse en paz con sus padres (Gen. 15, 15). Y mejor, en la Sabiduría, de los justos, que, si «a los ojos de los necios parecen haber muerto y su partida es reputada por desdicha y su salida de entre nosotros por aniquilamiento, pero ellos

gozan de paz... su esperanza está llena de inmortalidad» (3, 2 ss.).

De todo lo expuesto hasta aquí es evidente que la paz como todos los bienes proceden de Dios, el cual la otorga como premio de la justicia y de la observancia de su ley, y que El es también quien la quita, en castigo de la impiedad e injusticia. Así dice El por Isaías: «Yo soy Yavé y no hay ningún otro. Yo formo la luz y creo las tinieblas; yo doy la paz, yo creo la desdicha. Yo soy Yavé quien hace todo esto» (45, 7).

La paz en las promesas mesiánicas

La historia de Israel se ordena a preparar la venida del Mesías y su obra. Esto lo va realizando Dios mediante el gobierno de su pueblo y con los vaticinios mesiánicos, que fomentan las esperanzas del pueblo en el cumplimiento de las promesas hechas a los patriarcas. Las normas del gobierno divino las hallamos expuestas en Lev. 26, pero sobre todo en Deuteronomio, 28-30. Aquí se anuncia la infidelidad del pueblo, el cautiverio que por esto le vendrá, su conversión a Yavé y el retorno a la patria con las más copiosas bendiciones del Señor. Los oráculos de los profetas son en gran parte el comentario de estas normas del gobierno divino sobre Israel. La guerra con todos los males, que trae en pos de sí, será el castigo de Israel; la paz con todos los bienes que le acompañan será el fruto de la penitencia y de la conversión a su Dios. Y esta paz será la obra del Mesías. Como es ley en los profetas pintarnos la obra mesiánica con los colores que la realidad les ofrece, así el profeta Isaías, luego de ofrecernos el triste cuadro de la invasión asiria, como castigo de la infidelidad de la casa de David (7, 13), nos presenta la imagen de un nuevo vástago, de un niño, «que tiene sobre sus hombros la soberanía, y que se llamará Maravilloso consejero, Dios fuerte, Padre sempiterno, Príncipe de la paz, para dilatar el imperio y para una paz ilimitada, sobre el trono de David y sobre su reino, para afirmarlo y consolidarlo en el derecho y en la justicia desde ahora para siempre jamás. El celo de Yavé Sebaot hará esto» (9, 6 s.). La paz, pero la paz perpetua, en el derecho y la justicia, será la obra de este nuevo soberano que se sentará en el trono de David. Poco más adelante nos presenta al nuevo vástago del tronco de Jesé, sobre el cual reposará el espíritu de Yavé, en virtud

del cual juzgará con justicia al pobre y en equidad a los humildes de la tierra. La paz será tan completa, que hasta las bestias fieras perderán su ferocidad y vivirán tan mansas con el hombre, que éste no tenga nada que temer de ellas (11, 1-16). El salmo 72 nos ofrece un comentario poético de estos vaticinios isaianos:

Da, oh Dios, al rey tu juicio,
y tu justicia al hijo del Rey,
para que gobierne a tu pueblo con justicia,
y a tus oprimidos con juicio.
Germinen los montes la paz para el pueblo,
y los collados la justicia.
.....
Florezca en sus días la justicia,
y haya mucha paz mientras dure la luna (1-7).

El profeta Zacarías nos presenta esta condición pacífica del Mesías con una imagen singular, que el Salvador quiso recordar al pueblo judío el día de Ramos: «Alégrate con alegría grande, hija de Sión; salta de júbilo, hija de Jerusalén; mira que viene a tí tu Rey, justo y salvador, humilde, montado en un asno, en un pollino, hijo de asna. El extirpará los carros de guerra de Efraim y los caballos en Jerusalén, y será roto el arco de guerra, y promulgará a las gentes la paz, y será su señorío de mar a mar y desde el río hasta los confines de la tierra» (9, 9 s.).

En la segunda parte de Isaías tenemos varios trozos que se distinguen de todo lo demás. El sujeto de ellos es el Siervo de Yavé «personaje singular, que, como Melquisedec, no tiene padre ni madre ni genealogía; pero que ocupa un lugar importantísimo en los planes divinos. Entre estos trozos se destaca el 52, 13-53, 12. Un personaje inocente es sometido a la pasión y muerte más afrentosa para expiar las iniquidades de todos nosotros. Este «nosotros» parece tener un significado universal. Pues de este personaje se escribe: «El castigo, que nos había de traer la paz, pesó sobre él y en sus llagas hemos sido curados» (53, 5). Que es como decir que nuestros pecados exigían una dura expiación y que sólo con ella podíamos alcanzar la paz de Dios. Pues bien, el Siervo sufrió esa penitencia y por ella alcanzamos todos nosotros la paz. Quien sea

este Siervo es un misterio, que no nos declaran los profetas; será preciso aguardar a la revelación del Nuevo Testamento para aclararlo. Y según esta, el Mesías es el ministro del Señor para realizar esta obra.

Pero los profetas nos hablan de esa misma obra atribuyéndola a su causa primera, a Dios. Oigamos a Isaías: «Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero, que anuncia la paz, que trae la buena nueva, que pregona la salud, diciendo a Sión: Reina tu Dios» (52, 7). Más adelante anuncia la vuelta del pueblo a su patria, y dice: «Sí, partiréis con regocijo y caminaréis en paz. Los montes y collados os aclamarán y os aplaudirán todos los árboles del campo. En vez de los espinos crecerá el ciprés, el mirto en vez de las ortigas y será esto gloria para Yavé, señal eterna» (55, 12).

Jeremías, que había visto el cautiverio del Judá por él mismo tan insistentemente anunciado, predice también la restauración diciendo: «Pero mira, yo los sanaré, yo los curaré, les abriré tesoros de paz y seguridad; yo haré volver a los cautivos de Judá y a los de Israel y los restableceré como al principio y los limpiaré de todas las iniquidades que cometieron... y será para mi gloria, alegría, alabanza y gozo entre todos los pueblos de la tierra, que verán todo el bien que yo les haré y que se asombrarán de tanto bien y tanta paz como yo les daré» (33, 6-9).

Los mismos profetas hablan en el mismo tono a Jerusalén que será restaurada después del cautiverio y con la cual hará Yavé una alianza de paz inquebrantable: «¡Pobrecita, azotada por la tempestad, sin abrigo! Voy a edificarte sobre jaspe, sobre cimientos de zafiro. Te haré almenas de rubí y puertas de carbunclo y toda una muralla de piedras preciosas. Todos tus hijos serán adoctrinados por Yavé y gozarán de mucha paz. Serás fundada sobre la justicia y estará lejos de ti la opresión, que no habrás de temer, y la angustia, que no te llegará jamás» (Is. 54, 10-14). De igual manera habla Ezequiel: «Haré con ellas (las ovejas de Dios) alianza de paz, haré desaparecer las fieras y andarán tranquilas por el desierto y reposarán en la selva» (34, 25). Y poco más adelante: «Haré con ellos un pacto de paz, que será pacto eterno; los acrecentaré y pondré mi santuario en medio de ellos por los siglos. Pondré en medio de ellos mi morada y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo. Y sabrán las gentes que yo santificaré a Israel, cuando esté mi santuario en me-

dio de ellos por los siglos» (37, 26-28). Baruc, imitando el estilo de Isaías en su segunda parte, invita a Jerusalén a despojarse de sus vestiduras de duelo y vestirse del manto de la justicia, «porque Yavé hará ver tu gloria a todas las naciones debajo del cielo. Te llamarán por siempre Paz de justicia y Gloria de piedad» (5, 4). El profeta Ageo exalta la futura gloria del templo, que se está edificando, y dice: «La gloria de esta postrera casa será más grande que la de la primera, dice Yavé Sebaot, y en este lugar daré yo la paz» (2, 10). No de otro modo hablan los salmistas y bastará para prueba los postreros versículos del salmo 122:

¡Rogad por la paz de Jerusalén!
 ¡Vivan en seguridad los que te aman!
 Reine la seguridad dentro de tus muros,
 la tranquilidad en tus torres,
 Por amor de mis hermanos y compañeros,
 te deseo la paz.
 Por amor de la casa de Yavé, nuestro Dios,
 te deseo todo bien»,

Tal es, brevemente expuesto el pensamiento de los autores inspirados del Antiguo Testamento sobre la paz, la paz nacional, la paz individual, la paz mesiánica. Quédanos ahora por ver en qué manera cumplió el Señor estas gloriosas promesas de paz, que tan repetidamente hace a su pueblo. Más convendrá bien que nos fijemos en el amplio sentido que tiene la paz y que se halla expresado en los dos postreros versos del salmo arriba citado: «Te deseo la paz», «te deseo todo bien». El segundo miembro es sencillamente la declaración del primero. Y en efecto, no tiene paz el que no tiene satisfechos sus deseos, o el que no goza tranquilo de todos los bienes que apetece.

La paz otorgada por Jesucristo

Los oráculos de los profetas anuncian la paz de los tiempos mesiánicos y en la paz va incluida la plenitud de todos los bienes. Esta idea se hallaba tan encarnada en el pueblo, que el día de Ramos, viendo llegado el Rey Mesías, clamaban: «Bendito el que viene, el Rey, en el nombre del Señor; paz en el cielo y gloria en las altu-

ras» (Luc. 19, 38). La aclamación va dirigida al Rey que viene en el nombre del Señor a realizar la obra de Dios, ¿Cuál será esta obra? Pues traer a la tierra la paz, ya decretada en el cielo y de la cual es una prenda segura la presencia del Rey. De esta paz celestial, establecida en la tierra, resultará grande gloria a Dios en las alturas. Estos votos de la muchedumbre no nacieron en sus ánimos de la presencia del Rey. Son ya antiguos, aunque ahora broten con más fuerza. A ellos responden las palabras de Zacarías en su cántico, que consta de dos partes: En la primera bendice al Señor, que ha visitado a su pueblo «para que, sin temor, libres del poder de los enemigos, le sirvamos en santidad y justicia, en su presencia todos los días de nuestra vida» (Luc. 1, 74 ss.). Es decir que le sirvamos en paz. A esto responde la segunda parte, en la que se dirige al niño Juan, anunciándole su misión. Será esta ir como profeta delante del Señor para preparar sus caminos, que no son otros que los caminos de la paz, por los que se han de enderezar nuestros pies (v. 78). Estos caminos de la paz no son otros que los de la santidad y justicia, por los cuales se llega a alcanzar la paz de Dios, que el Mesías nos trae.

Con esto concuerda el mensaje de los ángeles, que en la noche del nacimiento cantan: «Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad». Esta aparición angélica es una señal clara de la parte, que toman los cielos en la dicha del hombre en la tierra por el nacimiento del Mesías. Por ello glorifican a Dios. Pero además, anuncian en la tierra aquella paz, que tantas veces prometió Dios por medio de sus profetas. Pero esta paz no se promete sino a los hombres de buena voluntad. Tanto el Bautista como Jesús comienzan su predicación invitando a la penitencia, a la vez que rechazan las pretensiones de los fariseos, los cuales, por sólo su condición de tales, se creían con pleno derecho a los bienes mesiánicos. No, estos bienes, resumidos en la paz, no serán sino de los hombres de buena voluntad. La paz no se alcanza sin la fe y la fe exige ciertas disposiciones morales, que se resumen en la buena voluntad. S. Pedro nos viene a confirmar esta doctrina, cuando, dirigiéndose al centurión Cornelio y a su familia les dice: «Ahora reconozco que no hay en Dios acepción de personas, sino que, en toda nación, el que teme a Dios y practica la justicia le es acepto. El ha enviado su palabra a los hijos de Israel, anunciándoles la

paz por Jesucristo, que es el Señor de todos» (Ac. 10, 34-36). Jesucristo no sólo es el pregonero de la paz, sino también el autor de la misma. Y no cabe duda que esta paz es la que Dios prometió por los profetas, la paz mesiánica.

A este anuncio de la paz pertenece la instrucción dada por el divino Maestro a los Apóstoles, cuando los enviaba a predicar el reino de Dios: «En cualquier casa que entréis, decid primero: La paz sea con esta casa. Si hubiere allí un hijo de la paz, descansará sobre él vuestra paz, si no, se volverá a vosotros» (Luc. 10, 5 s.). Sería interpretar muy al ras de tierra las palabras del Maestro, si no viéramos en este saludo otra cosa que la fórmula corriente. Jesús cumple en esto su misión de anunciar la paz mesiánica, y por tanto hemos de entender conforme a este criterio el saludo de los Apóstoles. Por el conjunto del Evangelio sabemos que no todas las casas de Israel, ni todos los individuos eran hijos de la paz, porque no tenían aquellas disposiciones necesarias para recibirla; pero los discípulos debían desearla a todos y ellos no perderían nada, si no eran recibidos, porque guardarían el mérito de su buen deseo (Cfr. Mt. 10, 12 s.).

Después de la resurrección Jesús saluda también a los discípulos con la fórmula corriente: «La paz sea con vosotros» (Luc. 24, 36). Lo mismo hace en San Juan, donde la repite otra vez: «La paz sea con vosotros. Como me envió mi Padre, así os envío yo». Diciendo esto sopló y les dijo: «Recibid el Espíritu Santo, a quienes perdonáreis los pecados les serán perdonados, a quienes les retuviéreis les serán retenidos» (Jn. 20, 19-23, 26). No estará en el libre arbitrio de los discípulos, una vez que reciben el Espíritu Santo y el poder de perdonar los pecados, el ejercicio de ese poder, para que sea ratificado en el cielo. También aquí será necesario que sean dignos del perdón aquellos, a quienes les sean perdonados. Y este perdón es el que trae a las almas la paz de Cristo junto con la gracia y la justicia.

El Salvador emplea también la paz como fórmula de despedida. Dice a la pecadora: «Tu fe te ha salvado, vete en paz» (Luc. 7, 50). Y a la hemorroisa: «Hija, tu fe te ha salvado, vete en paz» (8, 48). La fe de la primera tenía por objeto el poder de Jesús para perdonar los pecados, y no hay duda; habiéndole sido perdonados estos, que la paz de que habla Jesús es la paz de Dios, que es fruto de la justicia. Pero, aunque la fe de la hemorroisa recayese principalmente

sobre el poder taumatúrgico de Jesús, pero esta fe no era extraña a la ciencia de Jesús, como lo vemos por el texto, ni tampoco lo era a su influencia sobre las almas, y hemos de suponer que no dejaría incompleta la obra felizmente comenzada. Hasta hemos de pensar que esa fórmula corriente de despedida «vete en paz» pronunciada por labios cristianos no tenían sólo el sentido vulgar, sino que iban impregnada de la gracia de Cristo. Así, cuando el carcelero de Filipos, a quien S. Pablo acaba de bautizar con toda su casa, en circunstancias tan singulares, le dice: «Id en paz», les deseaba la paz de Cristo, que él y los suyos acababan de recibir (Act. 16, 36). Mayor motivo tenemos para pensar de la misma suerte sobre la despedida que los fieles de Antioquía hicieron a los mensajeros de los Apóstoles. (Act. 15, 33).

Entre las bienaventuranzas está la séptima que dice: «Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios». Pacífico es el que ama la paz, el que con su conducta la derrama en torno suyo y en caso de necesidad resiste a los que tratan de alterarla con la injusticia, porque la paz es fruto de la justicia (Is. 32, 17). Y como dice Santiago, «el fruto de la justicia se siembra en la paz para los que obran la paz» (3, 18).

Pues éste tal «será llamado hijo de Dios», lo que equivale a decir, que será hijo de Dios, porque el nombre que lleva ha de corresponder a la realidad. ¿Y por qué título especial el pacífico es llamado hijo de Dios, si a todos se nos manda orar a Dios con la plegaria del «Padre nuestro?» Es que la paz es un don de Dios, que especialmente la derramará en el reino del Mesías. Pues el que teniendo paz en sí mismo, la derrama en torno suyo, ese tal merece especialmente el título de hijo de Dios. Esto resultará más claro, si consideramos a Jesucristo, el Hijo de Dios, como pacificador. Pues el pacífico se le parece de una manera singular y por aquí merece este título. Cuanto Dios aborrece al que siembra la discordia (Prov. 6, 19), tanto ama al que fomenta la paz.

Es sobre manera conmovedor el episodio referido por S. Lucas, cuando la entrada solemne de Jesús en Jerusalén: «Así que estuvo cerca, al ver la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: ¡Si al menos en este día conocieras lo que hace a la paz tuya!» Muchas veces había estado Jesús en Jerusalén y, como la gallina junta sus polluelos, así El había procurado atraer a sí a los hijos de Jerusalén (Mt. 23, 37),

aunque inútilmente. Pero la hora decisiva es llegada. El Mesías se presenta como lo había anunciado Zacarías, sin duda para llamar la atención de los directores de la nación sobre lo que significaba aquel acto. ¡Si a lo menos, en esta última hora entendiera Jerusalén esto que iba ordenado a darle la paz, la paz mesiánica, la paz de Dios! Era el último esfuerzo de Jesús en beneficio de la nación, esfuerzo que no había de ser aprovechado. Por esto añade la triste profecía de la desolación que vendría sobre ella (Luc. 19, 41-44). En vez de la paz mesiánica, la desolación y la ruina.

Pero es sobre todo en el desahogo que después de la última Cena tuvo Jesús con sus discípulos, donde les habla de la paz: «La paz os dejo, mi paz os doy; no como el mundo la da os la doy yo. Habéis oído lo que os dije: Me voy y vengo a vosotros. Si me amárais, os alegraríais, pues voy al Padre, porque el Padre es mayor que yo». (Jn. 14, 27 s.). El divino Maestro contrapone la paz suya a la paz del mundo. El mundo no puede dar más que una paz exterior; la paz interior del corazón, aun en medio de las luchas y contradicciones, sólo Jesús la puede dar. Hasta el presente, los discípulos, bajo la conducta de su Maestro, gozaban de paz. El les daba esa paz interior, cuando con su intervención oportuna disipaba las pequeñas rencillas, que entre ellos a veces nacían, cuando con su autoridad los defendía de las impugnaciones de los judíos, sus enemigos. Al irse Jesús y dejar en la tierra a los discípulos, destituídos de su presencia, pudieran ellos temer que les era quitado el principio de la paz, de que hasta entonces gozaban. Pero no era así. Jesucristo les deja la paz, les da la paz suya. Como dirá en otro lugar, no los abandonará. (Jn. 14, 18); El estará con los suyos hasta la consumación de los siglos (Mt. 28, 20). Por tanto no tienen por qué temer de su partida, pues, si se va, luego volverá a ellos. Qué mayor comprobación de esta promesa que la vista de los discípulos cuando comparecían delante del Sanedrín y ante las amenazas de éste replicaban: «Primero es obedecer a Dios que a los hombres»; y ¿«No podemos menos de decir lo que hemos visto y oído»? (Act. 4, 19s.; 5, 29).

Pero esta unión con su Maestro no puede subsistir sin el amor, porque es fruto del amor. Si de verdad le aman, se alegrarán, si no de su pasión y muerte, de su ida al Padre, que es mayor que El. ¿Qué quiere decir esta sentencia, en la cual parece negarse la igual-

dad del Verbo con el Padre? S. Pablo nos ofrece la explicación de este misterio. El Verbo, que es en la gloria igual al Padre, se encarnó, tomó la forma de siervo, se anonadó, apareciendo entre los hombres destituido de aquella gloria, que le es propia y en que venía envuelto, cuando con el Padre y el Espíritu Santo se aparecía a sus profetas y a su pueblo. El Verbo encarnado es inferior al Padre, mas, cuando retorne a El, recobrará esa gloria, de que antes se había despojado, para realizar la obra de nuestra salud. Este pensamiento debe ser fuente de alegría para los discípulos, y no sólo de alegría, también de paz, al contemplar a su Maestro revestido de la gloria del Padre.

Esto confirma con las palabras que les dice más tarde: «Esto os he dicho para que tengáis paz en mi: En el mundo habéis de tener tribulación; pero confiad, que yo he vencido al mundo» (16, 33). Las palabras que preceden, y cuanto acaba de decirles en orden a levantar sus ánimos con la esperanza, a esto se ordenaba, a darles confianza y seguridad ante las persecuciones del mundo. Estas palabras escritas por S. Juan a fines del siglo primero, no pueden restringirse a las tribulaciones, que les vendrían a los discípulos de parte del mundo judío. El evangelista sabe que la vista de su Maestro alcanza mucho más; él mismo veía un mundo mucho más vasto y más poderoso levantado contra los creyentes. Pues a éstos convenían las palabras: «Confiad, que yo he vencido al mundo».

Este es precisamente el tema que el autor del cuarto evangelio desarrolla en el Apocalipsis. Cuando el alma por medio de Jesucristo se halla unida por el amor a Dios y firmemente anclada en El, no pierde la paz interior del corazón, aunque de fuera se vea fuertemente combatida. Con el Apóstol podrá repetir: «Estoy lleno de consuelo, reboso de gozo en todas nuestras tribulaciones» (II Cor. 7, 4).

Estas consideraciones sobre las tribulaciones que habían de sufrir los discípulos por causa de su Maestro y que éste no oculta a los discípulos, nos dan la explicación de una sentencia extraña del Salvador, que nos han transmitido S. Mateo y S. Lucas. Oigamos al segundo: «¿Pensáis que he venido a traer paz a la tierra? Os digo que no, sino la división. Porque en adelante estarán en una casa cinco divididos, tres contra dos y dos contra tres. Se dividirán el padre contra el hijo y el hijo contra el padre, y la madre contra la hija y la hija contra la madre, la suegra contra la nuera y la nuera

contra la suegra» (12, 51-53). ¿Por qué esta discordia en las familias, que parece tan contraria a lo que se lee del Precursor, el cual, según las palabras del ángel a Zacarías «caminará delante del Señor para reducir los corazones de los padres a los hijos y los rebeldes a los sentimientos de los justos, a fin de preparar al Señor un pueblo bien dispuesto?» (Luc. 1, 17). Es porque «el que ama al padre o a la madre más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí» (Mt. 10, 37 s.). La naturaleza reclama como derecho inalienable el amor de los padres a los hijos y de los hijos a los padres. Sin este amor no hay vida familiar, que por eso se manda en la Ley: «Honra a tu padre y a tu madre» (Ex. 20, 12). Mas por encima de esa ley de amor se coloca Jesucristo, que exige nuestro amor ante todo y sobre todo, y un amor que vaya hasta el sacrificio de la propia vida. Semejante exigencia nadie pudo razonablemente alegarla sino Jesús, que con esto declara haber en El una naturaleza y unos derechos muy por encima de lo que de fuera parecía.

Así habla el divino Maestro de la paz, que El trae al mundo: Veamos cómo la sienten y declaran los Apóstoles, herederos e intérpretes de su pensamiento.

La paz declarada por los Apóstoles

A la fórmula de saludo usada de ordinario en la correspondencia por los antiguos *χαίρειν*, *εὐχαίρειν*, *εὐπράττειν*, *salutem*, *salutem plurimam*, el Apóstol S. Pablo adoptó una fórmula de sentido plenamente cristiano. «Gracia a vosotros y paz» en la primera a los tesalonicenses: «Gracia y paz de parte de Dios Padre y del Señor Jesucristo» desde la segunda a los mismos. Y en las dos a Timoteo: «Gracia, misericordia y paz de parte de Dios Padre y de Jesucristo, Señor nuestro». La gracia es el favor delante de Dios y de Jesucristo. Conforme a esto dice a la Virgen el ángel: «Hallaste gracia delante de Dios», como los antiguos: «Halle yo gracia en tu presencia». (Gen. 34, 11). Pero esa gracia de Dios es, para el que la ha hallado, fuente de bendiciones, la gracia objetiva. A esa gracia o disposición favorable de Dios se añade la misericordia, tan pregonada en todo el Antiguo Testamento, igual que en el Nuevo, de la que se dice en el Magnificat: «Su misericordia es de generación en

generación sobre los que le temen» (Luc. 1,50). Por fin viene la paz, que será la seguridad en la posesión de los bienes, que traen consigo la gracia sola, o la gracia y la misericordia. Todas estas cosas tienen una doble fuente, Dios Padre y nuestro Señor Jesucristo, dos fuentes, que se reducen a una sola.

Las fórmulas empleadas por S. Pedro son un poco diferentes: «La gracia y la paz os sean multiplicadas» (I Petr. 1, 2): «que la gracia y la paz se os multipliquen mediante el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús» (II Petr. 1, 2). Y S. Judas: «La misericordia, la paz y la caridad se os multipliquen» (1, 2).

El origen de esta paz, ya nos declara bien cuál sea su naturaleza, y cuanto se distinguen estos saludos de los corrientes en la sociedad judía o pagana. Dios es el Dios de la paz y la paz es la paz de Dios. Ambas expresiones se leen en las epístolas paulinas y ellas nos dan el verdadero sentido que para él tenía la palabra paz. Exhortando a los corintios a guardar el verdadero orden en las Asambleas litúrgicas, les dice que «Dios no es Dios de confusión sino de paz». (I Cor. 14, 33). Y a los romanos desea que «el Dios de la paz sea con ellos». (Rom. 15, 33); y exhortándolos a la vida cristiana, les asegura que «el Dios de la paz aplastará pronto a Satanás bajo vuestros pies» (16, 20); y a los corintios los amonesta a vivir en paz, prometiéndoles que «el Dios de la caridad y de la paz será con ellos» (II Cor. 13, 11). Lo mismo promete a los filipenses, si ponen en práctica la doctrina que del Apóstol han aprendido. (Fil. 4, 9). A los tesalonicenses les desea que «el Dios de la paz los santifique» (I Tar. 5, 23): que el mismo «Dios de la paz les conceda vivir en paz siempre y dondequiera» (II Tar. 3, 16). Finalmente en la epístola a los hebreos leemos estas significativas palabras: «El Dios de la paz, que hizo salir de entre los muertos por la sangre de la alianza eterna, al gran Pastor de las ovejas, nuestro Señor Jesús, os haga perfectos en todo bien» (13, 20). Y la paz es uno de los mayores bienes.

Cuanta sea esta paz de Dios lo pondera el Apóstol, escribiendo a los filipenses, cuando dice: «Y la paz de Dios, que sobrepuja todo entendimiento guarde vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús» (4, 7). Una ponderación semejante la leemos en una doxología de la epístola a los efesios: «Al que es poderoso para hacer que copiosamente abundemos más de lo que pedimos o pen-

samos, en virtud del poder que actúa en nosotros, a El sea la gloria, etc.» (3, 20). Como todas las cosas que Dios obra en nuestras almas, así esta de la paz supera la capacidad de nuestra inteligencia. El lenguaje de los santos nos confirma, a la vez que nos declara, estas palabras del Apóstol: Cuando Dios se derrama en el alma como las olas del mar, el alma lo siente, pero es incapaz de declarar lo que siente. Es el reino de Dios que toma posesión del alma, el cual consiste, al decir del Apóstol, «no en comida ni bebida, sino en la justicia, y la paz, y al gozo en el Espíritu Santo» (Rom. 14, 17).

Pero esta paz es también paz de Cristo. Primeramente, el mensaje que Jesucristo nos trae de parte del Padre es un mensaje de paz, dice S. Pedro (Act. 10, 36). Lo mismo enseña S. Pablo, al exhortar a los efesios, que estén prontos «para anunciar el evangelio de la paz» (6, 15). Otras palabras suyas a los colosenses nos hacen entrar un poco más en este misterio de la paz de Cristo: Los exhorta el Apóstol a la práctica de las virtudes cristianas, la misericordia, la mansedumbre, el perdón de las injurias, sobre todo la caridad, que es vínculo de perfección, y termina «y la paz de Cristo reine en vuestros corazones, pues a ella habéis sido llamados en un solo cuerpo» (3, 15). Este cuerpo único, a cuya formación hemos sido llamados, es aquel del que dice a los efesios, exhortándolos a soportarse unos a otros con caridad, «solicitos de conservar la unidad del espíritu mediante el vínculo de la paz», porque «sólo hay un cuerpo y un espíritu, como también una sola esperanza, la de nuestra vocación; sólo un Señor (Jesucristo), una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, que está sobre todos, por todos y en todos» (4, 1-6). ¡Cuántos principios de unión, que nos constituyen en estado de paz y nos mueven a conservar esa misma paz! Somos un cuerpo, alentado por un solo espíritu. Este cuerpo es el cuerpo místico del Señor Cristo, alentado por su propio espíritu. A este cuerpo se incorpora cada uno por la fe y el bautismo, que son también únicos. Sobre todos, es decir, sobre Cristo y sobre los cristianos, que forman su cuerpo místico, está Dios Padre, en quien tiene origen toda familia así en el cielo como en la tierra. En la epístola a los Romanos nos declara el Apóstol este misterio. Todos, gentiles y judíos, somos pecadores y reos ante el tribunal de Dios, cuya ley hemos conculcado gravemente. Pero el Padre ha puesto la absolución de nuestros pecados y la reconciliación con su justicia en Jesucristo. De manera

que, siendo enemigos, hemos sido reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo». Y si hemos sido reconciliados, sin duda seremos salvados por nuestro Señor, por quien recibimos la reconciliación (Rom. 5, 9-11). Si pues por la desobediencia de un solo hombre, Adán, todos fuimos condenados, mucho más por la obediencia de uno solo, Jesucristo, recibiremos la reconciliación, la justicia, y la paz con Dios. Adán era la cabeza del linaje humano y por eso su pecado nos alcanzó a todos; Jesucristo fué también constituido cabeza de la humanidad para que en El todos alcanzásemos la reconciliación, la adopción de hijos y la paz. De aquí que, unidos por la fe y el bautismo en Jesucristo, obtenemos por El mismo, aquella paz, que Dios tenía prometida y que con la justicia constituye el reino de los cielos (Rom. 5, 1).

Por este mismo medio que nos reconcilia con Dios Padre, logra también la reconciliación de judíos y gentiles entre si. La ley, mirando a conservar la santidad del pueblo elegido, había constituido una valla entre gentiles y judíos. Esta valla fué elevada a mayor altura por los doctores de Israel, que hacían mucho hincapié en su dignidad de pueblo de Yavé y olvidaban los oráculos proféticos sobre la vocación de los gentiles a formar parte del reino mesiánico. Si queremos formarnos una idea de cuanta era la aversión de los judíos hacia los gentiles, recordemos la manera cómo fué recibida por algunos fieles de Jerusalén la visita de S. Pedro a la casa del centurión Cornelio: «Tu has entrado a los incircuncisos y comido con ellos». Y Pedro se creyó en la necesidad de dar razón de su conducta (Act. 11, 4ss.). Mirando a esto dice S. Pablo que «Cristo es nuestra paz, que hizo de los dos pueblos uno, derribando el muro de separación, la enemistad..., para hacer en sí mismo de los dos un solo hombre nuevo y estableciendo la paz y reconciliándolos a ambos en un solo cuerpo con Dios por la cruz, dando muerte en sí mismo a la enemistad. y viniendo, nos anunció la paz a los de lejos y la paz a los de cerca, pues por El tenemos los unos y los otros el poder de acercarnos al Padre en un mismo espíritu» (Cfr. 2, 14-18). Aquí tenemos declarado el gran misterio. Cristo es nuestra paz porque reconcilió a los pueblos judío y gentil. Pero ¿cómo? Por medio de la cruz, dando muerte a la enemistad en que estábamos todos con Dios, anunciándonos la paz y permitiéndonos a todos acercarnos a Dios. Y en la presencia de Dios, que por Jesucristo nos con-

fiere la adopción de hijos, desaparece el muro de separación, uniéndolos a todos con el vínculo de la paz. Como del amor de Dios brota en nuestros corazones el amor del prójimo, así de la paz con Dios brota la paz con el prójimo, que no es más que una extensión de aquella. Conforme a esto, como dice el Apóstol, no debemos gloriarnos sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para nosotros y nosotros para el mundo, de suerte que ni la circuncisión (de que se gloriaban los judíos) es nada, ni el prepucio (de los gentiles), sino la nueva criatura (que recibimos mediante la gracia de Jesucristo). Sobre cuantos se ajusten a esta regla, que formarán el verdadero Israel de Dios, serán la paz y la misericordia (Gal. 6, 14-16). Sólo quienes se ajusten a esta norma, insiste el Apóstol a los gálatas, vivirán como lo reclama la nueva criatura de los hijos de Dios; sólo estos obrarán el bien perfecto y cumplido y recibirán en premio la gloria, el honor y la paz, sean quienes fueren, judíos o gentiles, porque en Dios no hay acepción de personas (Rom. 2, 10). La gloria, el honor y la paz tienen un sentido escatológico y miran a la vida gloriosa cerca de Dios (cfr. 2, 7).

Esta obra de paz se apropia al Espíritu Santo, que con la caridad se derrama en nuestros corazones y nos infunde a la vez el espíritu propio de los hijos de Dios, en virtud del cual nos sentimos tales e invocamos a Dios con el nombre de Padre (Rom. 8, 45). El Apóstol considera este espíritu como un árbol de vida, que produce en nosotros abundantes frutos, entre los cuales ocupan el primer lugar la caridad, el gozo y la paz (Gal. 5, 22). De esta caridad dice atrás que por ella hemos de ser servidores unos de otros» (5, 13), y por ella pide a los hermanos, que lo ayuden en sus luchas por medio de la oración (Rom. 15, 30). El gozo brota naturalmente de la unión y comunicación con la persona amada, que aquí serán los fieles, y finalmente, la paz es la que debemos guardar con los hermanos, primero; luego con todos, hasta con los infieles. En otro lugar expresa el Apóstol la misma idea bajo otra imagen psicológica. El apetito o mejor la tendencia del espíritu es la vida y la paz. (Rom. 8, 6). Vida es la caridad y el gozo, que con la paz constituyen el reino de Dios, comenzado en el tiempo presente para consumarlo en la eternidad.

Supuesta esta alta concepción de la paz, que nos ofrece el Apóstol, no es extraño que él la pida para los fieles. En la primera epís-

tola a los tesalonicenses: «El Dios de la paz os santifique cumplidamente, y que se conserven vuestro espíritu, vuestra alma y vuestro cuerpo sin mancha para la venida de nuestro Señor Jesucristo» (I Tes. 5, 23). Todo esto ha de ser obra del Dios de la paz, para otorgar a los tesalonicenses las riquezas de esto, en que se resume el mesianismo anunciado por los profetas. Poco después escribía a los mismos: «El mismo Señor de la paz os conceda vivir en paz siempre y dondequiera» (II Tes. 3, 16). Y en los romanos: «Que el Dios de la esperanza os llene de cumplida alegría y paz en la fe, para que abundéis en esperanza por la virtud del Espíritu Santo» (15, 13). Y más adelante: «Que el Dios de la paz sea con todos vosotros, amen» (15, 33). Y finalmente: «Quiero que seais prudentes para el bien y sencillos para el mal, y el Dios de la paz aplastará pronto a Satanás bajo vuestros pies». (6, 29 s.).

No ha de ser obra de sólo Dios; es preciso que nosotros trabajemos por desarrollar en torno nuestro esa paz que Dios nos ha concedido y que el Apóstol desea que aumente más y más en nosotros. «Por esto dice a los romanos, que «siendo el reino de Dios justicia, paz y gozo en el Espíritu Santo, todo el que en esto sirve a Cristo, es grato a Dios y aplaudido de los hombres. Por tanto trabajaremos por la paz y por nuestra mutua edificación» (14, 17-19). Dios nos ha llamado a la paz, dice a los corintios (I Cor. 17, 15). Y tiene tanta fuerza para el Apóstol este llamamiento, que por mantenerla llega a conceder a los casados el *privilegio paulino*, declarando libre al cónyuge fiel, si la parte infiel no quiere vivir en paz. Y concluye la segunda epístola con estas palabras: «Por lo demás, hermanos, alegraos, perfeccionaos, exhortaos, tened un mismo sentir, vivid en paz, y el Dios de la caridad y de la paz será con vosotros» (13, 11). El ósculo de la paz, usual en la antigua liturgia cristiana y del que todavía se conservan vestigios en la liturgia actual, responde a aquellas palabras del Apóstol: «Saludaos mutuamente en el ósculo santo» (13, 12). Esta paz era el vínculo llamado a conservar la unidad del espíritu en el cuerpo místico de Cristo (Ef. 4, 3).

Y no hemos de guardarla solo con los de casa, es decir, con los que participan de la misma fe; con todos la habéis de guardar, dice el Apóstol a los hebreos (12, 14). Y más explícitamente a los romanos: «A ser posible, y cuanto de vosotros dependa, tened paz con todos» (12, 18). Ni es maravilla que esto se pida a los fieles de Cris-

to, cuando el salmista decía ya de sí: «Demasiado se ha prolongado mi destierro entre estos enemigos de la paz. Yo estaba totalmente por la paz, pero así que les hablaba, estallaba la guerra» (Sal. 120, 6 s.).

Resumen

Con esto hemos llegado al término de nuestra excursión, recogiendo en la S. Escritura las enseñanzas que ella nos da sobre la paz. La Ley la promete con todos los bienes que lleva consigo al pueblo, que se mantenga fiel a la observancia de los mandamientos divinos, así como amenaza con la guerra y con cuantas calamidades trae en pos de sí a los menospreciadores de la ley divina. Los profetas y los sapienciales ya no miran a la masa del pueblo, en el cual siempre hay bueno y malo y sobre el cual es difícil decir quien entra en la categoría de los justos o de los prevaricadores. Y para unos y otros la paz o la carencia de ella tiene que ser más del alma, cosa más íntima, más ligada a la justicia o a la injusticia de cada uno.

En los profetas hallamos sobre todo la promesa de la paz mesiánica; pero una paz que alcanzará a todos, porque entonces la justicia será también universal. Es la concepción ideal, que los profetas nos ofrecen del reino mesiánico, el pecado estará desterrado de él, y por consiguiente toda causa de turbación y de guerra. Bastará recordar a Isaías que nos anuncia el gobierno del Príncipe de la paz, en el cual las mismas bestias fieras harán paces con el hombre, para que éste pueda gozar de completa paz y tranquilidad.

A los profetas, que prometen, sigue el Evangelio, que cumple las promesas. Jesús se presenta como salvador de las almas, y la paz que ofrece es ante todo la paz, que procede de la justicia y de la caridad. Esta paz es don de Dios, que se nos concede por Jesucristo. S. Pablo nos la muestra como nacida de la justicia, que Jesucristo nos alcanza mediante su sangre, la cual borra los pecados, nos reconcilia con Dios, nos confiere la adopción de hijos, el espíritu de tales. Todo esto nos une a todos con Dios Padre y con Jesucristo, cuyo cuerpo místico venimos a formar, siendo El nuestra cabeza. De aquí nace la paz social, la paz de las familias, la de las iglesias locales, la de la Iglesia universal y la de las naciones, según que cada uno viva del espíritu de Cristo, del espíritu que es propio de los hijos de Dios. Insisten los Apóstoles en recomendar-

nos el fomento de esta paz con los fieles y con los infieles, igual que nos recomiendan la fe, la caridad, la oración y las demás virtudes cristianas. La paz que los ángeles anunciaron en la noche de Navidad no es algo que se haya de imponer al mundo milagrosamente, sino algo que ha de brotar del Espíritu Santo derramado en los corazones, transformándolos y que se difunda luego al exterior hasta transformar la vida colectiva. Esto no se realizará sino en la medida en que las almas reciban el Espíritu Santo y se dejen gobernar dócilmente por él. Cuando las almas se hallen totalmente penetradas de este Espíritu se cumplirá lo que dice S. Pablo que, aun en medio de las tribulaciones exteriores, gozarán de paz interior, que no les será quitada, porque procede de Dios, a quien está unida. Esto se realizará plenamente en la gloria de Dios, pero todavía con grande perfección en la tierra, como lo admiraremos en los santos. Todo esto nos declara mejor la razón de aquella sentencia, que leemos en los Profetas: «No hay paz para los impíos», porque no fué a ellos a quienes fueron dirigidas las palabras del Maestro: «La paz os dejo, mi paz os doy».

ALBERTO COLUNGA, O. P.